

SOBRE EL PROYECTO Y DESARROLLO URBANO DE MADRID EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVIII

Las diferentes reformas urbanas que a lo largo de la segunda mitad del siglo XVIII se llevan a cabo en Madrid, corresponden, en su mayor parte, a intentos de transformación de la antigua ciudad barroca desde los supuestos enciclopedistas. Conocidos estos supuestos por la prensa económica del momento, encargada de difundir los cambios experimentados en Francia, será debido a la llegada a Madrid en 1759 del Rey Carlos de Nápoles el que se definan las primeras modificaciones. Ante el lamentable estado de abandono y falta de higiene en que se encuentra la capital, la idea de aplicar a Madrid los conceptos difundidos por el pensamiento racionalista se van a precisar a un doble nivel: por una parte, se establecen nuevas normas tendentes a desarrollar la red de alcantarillado y de empedrado, al tiempo que se regula la iluminación de las calles mediante la adopción de un sistema de farolas; por otra parte, surgen toda una serie de proyectos, aparentemente independientes unos de otros, dirigidos a la reordenación de los accesos de la ciudad y donde los proyectos de puertas de acceso, de paseos o de inclusión de la naturaleza en la ciudad corresponde con la imagen de nueva ciudad que enuncian los teóricos del pensamiento ilustrado¹.

¹ Las noticias sobre la transformación de Madrid en la época de Carlos III aparecen de manera precisa en las *Cartas del marqués de San Leonardo*, publicadas por J. Cepedán Adán en Instituto de Estudios Madrileños, 1966. Ver, igualmente, M. Molina Campuzano: *Planos de Madrid de los siglos XVII y XVIII*, Madrid, 1960, y C. Sambricio: *Urbanística e iluminismo a Madrid*, «Controspazio», núm. 1, 1974, donde se encuentra información bibliográfica. De cualquier

En este sentido, los diferentes intentos que desarrolla Francisco Sabatini, el arquitecto italiano que acompaña a Carlos III en su llegada a España —y que es yerno de Vanvitelli—, se centran en un primer momento en toda una serie de estudios como son sus *«Instrucciones para nuevo empedrado y limpieza de las calles de Madrid»*, elaboradas al año siguiente de su llegada, a los diferentes proyectos que él realiza de puertas de acceso a la ciudad, como son la de Alcalá, San Vicente, Toledo o Recoletos o a los grandes proyectos de obras destinadas a los edificios representativos de la nueva burocracia, situados dentro de la ciudad, como son la Aduana de la calle de Alcalá o el Hospital General proyectado en plena calle de Atocha². Pero al margen de estas realizaciones casi barrocas, y no sólo porque adoptan elementos de un lenguaje perteneciente a un barroco clasicista, sino porque siguen aceptando el concepto de una arquitectura sagrada ligada a los esquemas de poder, la imagen que ofrece la ciudad en estos años es radicalmente distinta de las transformaciones que pretende establecer Carlos III. Se trata de un núcleo urbano donde se siguen manteniendo las viejas ordenanzas de principios de siglo y donde los textos de arquitecturas publicados en estos años perpetúan las tipologías de viviendas características de la arquitectura de aquellos años. La infraestructura se mantiene y las ordenanzas sobre edificación y alineamiento siguen siendo las enunciadas años antes por Ardemans a pesar de que la ciudad ha experimentado un importante crecimiento demográfico siendo, en 1760, incapaz de albergar correctamente a los que en ella residen³. Poco importa entonces, desde este punto de vista, que se efectúen toda una serie de importantes reformas para incluir la naturaleza en la ciudad o para modificar los accesos porque la ciudad se encuentra literalmente saturada de habitantes que carecen de posibilidades de instalarse.

Debido a su condición de Corte y a su estructura económica Madrid es una ciudad donde, en la segunda mitad del siglo XVIII, se con-

forma, el desarrollo del presente estudio ha sido publicado, con posterioridad a la celebración del Simposio, en la revista *«Arquitecturas Bis»*, núm. 26, pp. 24-31.

² L. Cervera Vera: *Francisco Sabatini y sus normas para el saneamiento de Madrid*, AIEM, Madrid, 1975, da noticias del texto *Instrucción para el nuevo empedrado y limpieza de las calles de Madrid*, en que contiene el proyecto de don Francisco Sabatini, Madrid, 1761. Los planos para las diferentes puertas a las que hago mención se encuentran inéditos en los Archivos Nacionales de París, ver *«Arquitectura»*, núm. 216, *«Sabatini, arquitecto madrileño»*.

³ Las principales tipologías de viviendas se encuentran recogidas en el texto de Agustín Bruno de Zaragoza: *Escuela de Arquitectura Civil, en la que se contienen los ordenanzas de arquitectura, la distribución de planos de templos y casas y el conocimiento de materias*, Madrid, 1734. Es importante ver el estudio de Rodríguez de Ceballos: *Las ordenanzas de Madrid de don Teodoro de Ardemans y sus ideas sobre la arquitectura*, en *«Revista de Ideas Estéticas»*, número 123, Madrid, 1971.

centran aristócratas, funcionarios y especiales servicios militares y donde, por otra parte, el comercio o la industria son prácticamente inexistentes. Tomando en cuenta la balanza comercial de la capital, es de destacar como en 1787 se importan productos por valor de 500.000.000 de reales, mientras que sólo se exporta por valor de 3.500.000 reales, desequilibrio que tiene su origen en la composición social de la ciudad comparada con otras, como por ejemplo puede ser Barcelona⁴. Por ello, de 8.545 nobles que viven en dicho año en Madrid, en una ciudad industrial como Barcelona son sólo 259, y frente a un 43 por 100 de habitantes tipificados en la primera como criados o empleados que residen en la casa de su señor, en Barcelona esta cifra ni siquiera alcanza el 17 por 100; mientras que en Barcelona un 73 por 100 se dedican a la industria o al comercio, en Madrid la cantidad de ellos es de un 41 por 100; por último, frente a un 12 por 100 de funcionarios o empleados de la Corona que viven en la capital, el número de los que viven en Barcelona apenas supera el 2 por 100⁵. Pero si Madrid es una ciudad improductiva, donde el sector terciario tiene su mayor fuerza y donde los diferentes catastros demuestran la casi nula existencia de la industria, la ciudad vive a costa de los diferentes ingresos que suponen los impuestos al resto del país a pesar de que en ella se plantee la contradicción de un crecimiento demográfico superior al del resto, debido fundamentalmente al importante número de los que vienen a la Corte con la pretensión de lograr favores.

La estructura de ciudad, definida y limitada por la nueva cerca que suponen las puertas y los accesos, se plantea ahora como ejemplo de una importante contradicción que se refleja en la desproporción existente entre el aumento de población y el número de viviendas que existen en la ciudad. En efecto, Madrid, que pasa en el siglo xvii de tener 80.000 habitantes, a en 1787, tener 147.000, y sólo diez años más tarde contar con 167.000, posee, según los diferentes catastros, un número de viviendas que en el siglo xvii es de 7.024, mientras que en 1797 la cifra es de 7.398, con lo que el aumento de 374 viviendas corresponde a un incremento de población de casi ochenta mil habitantes⁶. La obligación que tenían los habitantes de Madrid de alojar en los pisos superiores

⁴ E. Hamilton: *War and price in Spain 1650-1800*, Harvard Univ. Press, 1974, págs. 250-257. Ver, igualmente, el texto de Davis Ringrose: *Madrid et L'Espagne du XVIII^{me}. L'economie d'une capitale politique*, en «Melanges de la Casa de Velázquez», t. XI, 1975, págs. 597.

⁵ Josep Iglesias: *El cens de Comte de Floridablanca, 1787*, Barcelona. Fundación Salvador Vives Casajuana, 1969. Antonio Matilla Tascón: *El primer catastro de la Villa de Madrid*, «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», vol. LXIX, 1961.

⁶ Julián Gallego: *El Madrid de los Austrias*, «Revista de Occidente», abril, 1961, pág. 24. La idea fundamental, como explica Molina Campuzano, era que perdurase la traza de la vieja ciudad, aunque los edificios variasen.

de sus casas a los cortesanos, llegará a un punto en el que la decisión de Carlos III de prohibir la construcción fuera de la cerca de la ciudad obligadamente tiene que ir aparejada a otro tipo de medidas, como es la disposición que regula construcción en ciudad. Estableciéndose la necesidad de edificar «...en los solares yermos existentes dentro de Madrid, levantando y aumentando las viviendas bajas hasta la conveniente proporción»⁷, esta es una disposición que, a pesar de su intención, tendrá sólo como consecuencia el que se prive a Madrid de huertas o patios, fomentándose claramente un problema de posadas clandestinas que irán de forma clara contra la política de higiene antes señalada.

Sin embargo, el problema de vivienda que padece Madrid es, en cierta medida, paralelo al tema de la transformación urbana que se verifica en el resto de las ciudades europeas, porque se plantea el problema del desarrollo de la ciudad más allá de las cercas o murallas, al tiempo que se pone en cuestión la intervención en el casco desde supuestos de definición de nuevos monumentos o puntos referenciales en ciudad. Por ello, y frente a la problemática que supone introducir en ciudad toma una serie de nuevos edificios como son hospitales, asilos, cárceles o cementerios, la política urbana de Carlos III pretenderá integrar dichos edificios dentro de la trama, perdiendo así un espacio necesario para la definición de las nuevas viviendas. Aplicando los criterios que en estos años difunde la enciclopedia o el pensamiento ilustrado sobre la necesidad de establecer nuevos servicios en las ciudades⁸, los edificios antes señalados se integran dentro de una trama urbana de manera un tanto forzada, sin establecerse soluciones de trazado y la idea del monumento se identifica en los momentos del Despotismo Ilustrado con los grandes edificios destinados a funciones administrativas. Y así los grandes edificios de la Aduana de Madrid, de la casa de Correos, de la Casa de Postas... serán los símbolos de la nueva cultura porque asimilan los elementos del lenguaje clásico en su fachada, simplificando por tanto el tema de la nueva arquitectura a una utilización un tanto discutible de la máscara clasicista.

La idea de un nuevo Madrid definido a partir de nuevos edificios, no soluciona ninguno de los auténticos problemas que tiene la ciudad.

⁷ *Real provisión de los señores del Consejo en que se manda guardar y cumplir la real resolución inserta, para que se edifiquen casas decentes en los solares yermos de Madrid y se levanten las bajas o pequeñas hasta conveniente proporción, con los demás que contiene, Madrid, 1778.*

⁸ Los principales textos sobre las nuevas tipologías aparecen en España traídos por los economistas o divulgadores del pensamiento ilustrado. Ver, a este respecto, C. Sambricio: *Benito Baile y la arquitectura del siglo XVIII*, en «Gazette des Beaux-Arts», Noviembre, 1978, o C. Sambricio: *La formación teórica de Ventura Rodríguez*, en «Actas del Coloquio Japelliano», Padua, 1977. Inéditas.

En este sentido, poco importa que Sabatini copie la planta del edificio de la Escuela de Cirugía de París de Gondoin⁹, porque al intentar resolverlo en sección nunca comprenderá cuáles son las funciones a las que éste se destina, como tampoco comprenderá el sentido de la nueva cultura característica del momento de las luces. Identificando el cambio con el desarrollo de un lenguaje formal, la mayor parte de estos arquitectos oscilarán sobre los conceptos todavía barrocos de Poder y las ideas de reforma de ciudad quedan limitadas a una utilización barroca del viejo modelo. Sin embargo, y debido quizás al pretexto del costo de las reformas que se llevan a cabo, la idea de que construir un Madrid nuevo, situado en las proximidades del viejo, empieza difundirse entre los ilustrados españoles conscientes de las limitaciones de las reformas emprendidas. Así, Antonio Ponz, el autor de los *Viajes por España* en los que refleja el cambio introducido en la economía y las costumbres, señala al tratar de Madrid cómo quizás no sería conveniente construir una nueva ciudad y esta idea será retomada y ampliada por Jovellanos en un memorial que dirige en 1787 al Marqués de Floridablanca¹⁰. En éste, Jovellanos apunta aparentemente la necesidad de que la Corona se beneficie de la presencia de la Corte en Madrid mediante la venta de terrenos destinados a un ensanche. Tomando como pretexto el crecido número de posadas clandestinas existentes, en realidad la idea que gira alrededor de todo el memorial es la de plantear la ruptura de la cerca, creando o definiendo para ello una nueva, y proyectando una nueva ciudad acorde esta vez con los esquemas de la nueva cultura.

«...Dado que las posadas secretas se han multiplicado en razón de que los habitantes de Madrid escasean y se han encarecido, remédiese... aumentando las habitaciones y disminuirán las posadas. ¿Y cómo han de disminuir las posadas y aumentar las habitaciones? Voy a decirlo. S. M. debe de comprar todo el cordón de tierra que se extiende desde la puerta de los Pozos a la de Recoletos, hasta el límite que quiera señalar a la extensión de Madrid. Ante todas las cosas debe de hacer construir la cerca o muralla de la misma población, dejando incorporado a ella todo el terreno destinado a la extensión: después se demarcarán las calles, plazas y plazuelas que se crea conveniente, y se señalarán con buenas estacas para que sean generalmenet conocidas.

⁹ C. Sambricio: *En torno a Sabatini*, «Goya», núm. 121.

¹⁰ La propuesta esbozada por Jovellanos se refiere a urbanizar aquella zona de terreno que posteriormente, ya en el siglo XIX, será retomada por los urbanistas del ensanche. La zona que él señala corresponde exactamente a la que estudia Fernández de los Ríos en su *Futuro Madrid* o a la que posteriormente trata Castro en su proyecto de Ensanche.

Hecho esto se publicará un decreto en el que se señale que este terreno no ha de estar sujeto a ninguna ley de demarcación gremial ni a otra semejante, y que en él se podrán poner tiendas, talleres y oficinas para toda clase de industria, tráfico y comercio; 2.º que en las plazuelas se podrán vender comestibles y abastos de todo género, sin otra sujeción que las de las leyes generales de policía de las demás plazas.

Cuando esta noticia haya causado la fermentación que es consiguiente a su naturaleza, S. M. ofrecerá a vender a cómodos precios los terrenos que se pidan para edificar en este distrito y yo fío que no faltarán compradores. Mas si acaso me engaño; si al principio escasean los compradores, no sería gran desperdicio dar estos terrenos gratuitamente porque, al fin, si el Gobierno lograra aumentar tan considerablemente esta población sin otro dispendio que el de la compra del terreno, creo que saldría bien librado».

Poco importa aquí profundizar en las causas por las que el proyecto no se lleva a cabo, negándose el Rey, al año siguiente, a desarrollar el plan —causas que «grosso modo» se deben a las presiones de los poseedores de suelo urbano todavía utilizable que ven cómo el nuevo proyecto impediría el desarrollo de las operaciones especulativas que ya se realizan en la capital—. Lo más notable se centra en ver cómo las reformas sobre la ciudad o sobre la vivienda que establece el monarca no son en absoluto reformas tendentes a modificar la estructura de la ciudad y cómo, por el contrario, el plan de Jovellanos encierra tras de sí la voluntad de aplicar los conceptos que en esos mismos años se aplican en Europa. Desde el plan de Patte para París a los diferentes ensayos realizados tanto en Lisboa como en Estados Unidos y que se conocerán en España por la prensa económica, hasta la pretensión de que la nueva ciudad sea un negocio que ayude a sostener la idea de capital, los comentarios que podemos establecer sobre el proyecto de Jovellanos son varios.

Por una parte, su pretensión de solucionar la vivienda merece una precisión. Dado que a quien se pretende ubicar en las nuevas habitaciones no es ni a los madrileños ya residentes ni a los miembros de la vieja aristocracia, sino a los nuevos residentes, a los propietarios rurales que llegan a la corte atraídos por el medio urbano, la solución arquitectónica que se pretende para éstos encaja dentro de la tipología de casa palacio para un noble que sistemáticamente la Academia de San Fernando propone a sus alumnos en estos años. Para Jovellanos, como economista, el dar solución a los problemas de estos acaudalados terratenientes es fundamental porque a ellos se debe, en gran número de ocasiones, la llegada de un dinero que la ciudad es incapaz de producir; por ello el que la tipología que se difunde corresponde

a un esquema que supone el definir la ciudad en término de grandes bloques.

Pero al tiempo, la posibilidad de realizar el proyecto de un nuevo Madrid supone el abrir las puertas a toda una serie de reformas importantes en las estructuras de la ciudad. Se trata de la ocasión de aplicar los conocimientos sobre la idea de monumentalidad de ciudad, rechazando los esquemas barrocos, sustituyendo la idea urbana de Carlos III —la reforma de ciudad como problema de puertas o accesos— por otra que corresponde a la imagen de lo que podía haber sido una reforma interior que posibilitara entender la ciudad como elemento de cultura o de conocimiento. Manteniéndose —como por otra parte sucede en Francia— un silencio casi total sobre lo que es o lo que debe ser la vivienda, la ciudad que se proyecta corresponde a un intento de reclamo, de ciudad aristocrático-cultural donde los nuevos edificios pueden ser tomados como elementos de partida de la ciudad cultural, convirtiéndose entonces la ciudad en un ejemplo plástico del conocimiento, en un auténtico museo del nuevo ideal.

Jovellanos ha insinuado cómo el ensanche de Madrid solucionaría los problemas de alojamiento; pero al mismo tiempo apunta cómo la operación sería oportuna en el sentido que permitiría una operación dando la Corona un importante beneficio, no sólo de tipo económico, sino también de prestigio. Por ello, la idea que él apunta de una ciudad definida por una síntesis de viviendas de nobles y por grandes plazas donde se establezcan los nuevos edificios representativos del momento nos lleva obligadamente al estudio de la aceptación en España de los nuevos tipos arquitectónicos que se enfrentan en su concepto con la idea de ciudad que Carlos III o Sabatini están definiendo al plantear el desarrollo de los edificios administrativos. Para la Academia de San Fernando, para el centro encargado de enseñar y de difundir no sólo los esquemas teóricos del momento, sino también encargado de realizar una labor de censura sobre la totalidad de las obras públicas realizadas en España, el tema de un posible nuevo Madrid es indudablemente importante por cuanto que sirve como punto de partida de toda una serie de consideraciones sobre la idea del monumento en ciudad. Abandonando poco a poco la idea de los palacios en ciudad, la crítica a los ejemplos que en estos años se hace construir todavía la vieja aristocracia en ciudad empieza a definirse desde los estudios de vivienda. En efecto, y como hemos planteado en otro momento, el establecimiento del paseo del Prado por parte de Carlos III como zona noble de la ciudad había llevado el que gran número de nobles, los pertenecientes a las viejas familias aristocráticas, situasen sus palacios en el borde mismo del paseo, frente por frente por tanto a la posesión real. De esta forma los nuevos edificios que se caracterizaban por su lenguaje formal mantenían, sin embargo,

un concepto de ciudad barroca allí donde precisamente se pretendía establecer el tipo de ciudad característico de los primeros años de la razón. Criticándose entonces ahora los esquemas de palacio que se hace todavía construir esta aristocracia —ejemplos de esto podrían ser los proyectados por Antoine, por Ventura Rodríguez o por Arnal— los estudios de estos momentos empiezan a abandonar poco a poco el tema del edificio monumental para definir el tema del bloque vecinal en ciudad.

En sus inicios, la idea supone un salto importante en cuanto que los arquitectos madrileños han limitado sus conocimientos a los tratados de arquitectura de principios de siglo —cuando no a los anteriores— y en éstos la imagen de vivienda que se ofrece corresponde a la de una pequeña vivienda entre medianeras y con dos alturas que en ningún caso es aplicable a los nuevos intereses. La habitación, hasta el momento, había sido tenida por un problema secundario en las ordenanzas de ciudad. Aceptándose para la construcción de la misma toda una serie de medidas establecidas en 1719 relativas a conceptos tales como altura de edificación, definición de tapias de medianería, instalación de puertas en calle... tenían éstas como misión intentar lograr una regularidad en las construcciones. La existencia entonces de toda una serie de impuestos sobre ventanas o puertas como forma de establecer la contribución y los problemas que plantea la longitud o anchura de la calle hace que los ilustrados españoles, que conocen las publicaciones económicas francesas debido a que varios de ellos han colaborado en las mismas, empiecen a difundir toda una serie de estudios publicados en este país como son, por ejemplo, algunos artículos publicados en el *«Mercure de France»* de enero de 1772, sobre las proporciones a dar a cada edificio, de forma que se impida a los propietarios que puedan libremente dar a cada vivienda la altura que quieran¹¹. El interés entonces que desarrolla el Estado en definir y controlar la vivienda, lo deberá de llevar igualmente a establecer cuál debe ser la situación y condiciones higiénicas de la misma; la descripción dada por Horne en Francia sobre cómo un carnicero mata a sus reses en plena acera y cómo al sangre riega las aceras con el consiguiente peligro de infección... se plantea como voluntad por parte de los ilustrados para que el Estado establezca ahora medidas encaminadas a reformar no el aspecto externo, la fachada de la ciudad, sino sus condiciones. Para ello, el que la Academia empiece a definir cuáles deben ser los nuevos modelos de viviendas, que analice los bloques cerrados haciendo caso omiso de los caserones antes definidos para

¹¹ B. Fortier y otros: *La politique de l'espace parisien a la fin de l'Ancien Regime*, CORDA, 1973, distribuido por el CERA de París.

los nobles, es un importante punto de partida para los que pretenden establecer una nueva comunidad.

Por ello, enfrentándose a los que intentan entender la ciudad como si fuese una ciudad de colonización o una nueva población proyectada por los fisiócratas, los bloques de habitación que se proyectan corresponden más a los de una ciudad-fábrica que los criterios de los que establecen la ciudad en términos de fachada, de imagen uniforme que el mismo Stendhal trata al hablar de Milán «*Il y a ici une commission di ornato (de l'ornement); quatre ou cinq citoyens connus par leurs amour pour les beau-arts, et deux architects, composent cette commission qui exerce ses fonctions gratuitement... Faire bâtir une belle maison confere a Milan la veritable noblesse*»¹², en el Madrid de estos años empieza a considerarse que el tema de la vivienda va más allá de la mera alineación barroca o que la idea de regularidad que establecen los que pretenden una ciudad uniforme.

Por todo ello, la idea de construir una ciudad que por vez primera va a romper su cerca es importante sobre todo teniendo en cuenta el posible programa a establecer. Por supuesto, en algunas ciudades españolas ya se había planteado en el XVIII el tema del ensanche de la ciudad. Barcelona lo había establecido en la Barceloneta, pequeño poblado de pescadores situado en las proximidades del puerto, y Alicante, Tarragona, Málaga o Cádiz lo habían realizado desde el punto de vista del desarrollo industrial o portuario, así como el Ferrol o Cartagena por la importancia de los arsenales. Pero lo que en ningún momento se plantea es la posibilidad de aplicar un programa monumental donde los nuevos edificios que por su uso y función —como señalan los textos teóricos de estos años— deben de definirse en los alrededores de ciudad, se proyecten conjuntamente con la nueva arquitectura.

Pero, otro de los puntos de mayor interés dentro de la propuesta de Jovellanos es que abre puertas a una actuación tendente a definir dentro del posible ensanche toda una serie de edificios monumentales, algunos de los cuales serán tomados como ejemplos de comunidades de nuevo tipo. Y es aquí donde se nos plantea el tema de cómo se regula nlos nuevos tipos dentro de la arquitectura de ciudad. Partiendo del tema de la ciudad historicista monumental, de la recuperación de la ciudad de las ruinas, los textos que en estos años aparecen en España se centran en primer lugar en un intento de definir qué debe entenderse por clasicismo, al tiempo que precisan cuáles deben de ser los usos o funciones de los nuevos tipos. En un momento en el que

¹² En A. Rossi: *Scritti scelti sull'architettura e la città*, CLUP, Milán, 1975, en *Il concetto di tradizione nella architettura neoclassica milanese*, pág. 20, es una cita del texto de Stendhal: *Rome, Naples et Milan*, págs. 40-41, París, 1919.

el texto de Peyre sobre el clasicismo y la monumentalidad de los edificios se traduce por parte de la Academia de Madrid, importa destacar cómo igualmente la difusión de los tratados sobre arquitectura funcional, sobre arquitectura civil empiezan a darse a conocer y, en este sentido, tanto los estudios de Bails sobre los hospitales como los efectuados sobre teatros, positos, cárceles o asilos se establecen conjuntamente con los que estudian los teatros, las iglesias, los edificios en algún sentido destinados ahora al hombre. Tomando los esquemas tipológicos que corresponden a ejemplos concretos, se difunde de esta manera el hospital de Petit, el teatro de Turín, el esquema de Panóptico... y se establece la idea de que la nueva ciudad de Madrid deberá tener todos los elementos que señalamos.

Es conveniente, sin embargo, hacer una matización. Tras el plan de Jovellanos nadie tiene la idea de concebir una ciudad de nueva traza y tampoco existe, ni siquiera a nivel de Academia, el proyecto de una total reorganización del territorio en términos urbanos. Lo que sucederá es que la mayor parte de los proyectos que la Academia proponga, se situarán en la zona del ensanche que comentamos, ofreciéndose así como una especie de alternativa a la vieja ciudad. Definiendo los temas desde un doble punto de vista —desde su relación con la ciudad y desde el estudio de la nueva tipología—, la Academia toma el ejemplo de Madrid como un caso de ciudad negativa y esboza una solución que se ajusta a la nueva teoría.

Teyssot, al tratar de Dance, señala cómo los diferentes ejercicios de la Academia de San Luca de Roma corresponden a la voluntad de unos arquitectos que no disponen de otra salida que el proyecto en sí, y señala cómo esto no tiene viabilidad de realización en Londres. Sin embargo, la existencia de toda una serie de proyectos para el Madrid concebido de nueva planta, señalan algo más que la pretensión de aplicar un concepto arquitectónico —difundir las nuevas tipologías— y tiene sobre todo sentido si lo consideramos desde el punto de vista de la idea de un nuevo orden que se opone al caos existente. La idea de convertir ahora al hombre en amo, definiendo de nuevo cómo el conocimiento significa el poder, como señala Adorno en la *«Dialéctica del Iluminismo»*, es punto de partida esencial para comprender que la nueva ciudad se define como alternativa al caos y cómo el concepto de orden supone una nueva categoría. El mito había perecido en el iluminismo y la naturaleza en la pura objetividad, insiste Adorno, y por ello la imagen de la objetividad, la unidad de un sistema que determine una nueva forma de vida será lo que se enfrente a la vieja ciudad barroca. Por ello, la importancia de los proyectos de Academia en Madrid es grande, en cuanto que han dejado de ser tomados como solución formal y empiezan a definirse como manifiesto ideológico, como respuesta concreta a las nuevas necesidades. Por ello los pro-

yectos que tienden a aplicar los esquemas de hospitales o de bibliotecas definen una alternativa de cambio sólo comprensible a nivel de poder y donde los discursos sobre el lenguaje carecen ahora de sentido. Enfrentándose a proyectos como los de Sabatini, donde se critica al barroco tradicional español desde supuestos clasicistas, el tema que por ejemplo desarrolló Juan Gómez de un teatro en ciudad se ajusta a los esquemas compositivos de Durand, reflejando cómo aun antes de que el texto se publique en Francia, la difusión de las tipologías se encuadra dentro de una reforma de la trama urbana.

El tema del cambio de uso del edificio, independientemente de su destino, y la relación que al tiempo se establece con respecto a la trama empieza a caracterizar a este Madrid. Planteando los edificios monumentales de acuerdo a las viviendas y teniendo presente que estos bloques se estudian desde los supuestos de habitabilidad, la propuesta que en estos años se enuncia sobre Madrid es idéntica a la que poco más tarde se establece sobre San Sebastián o sobre el Puerto de la Paz en Bilbao, en el sentido que se pretende definir, como antes señalábamos, un orden frente al caos existente.

Las consecuencias que tiene la propuesta de Jovellanos son claras. El Rey se niega a considerar el posible desarrollo de la ciudad en función básicamente de no contrariar a los intereses existentes, pero acepta al mismo tiempo lo que puede significar establecer una ciudad dentro de la ya existente. En este sentido la política que en estos años empieza a definir ya nada tiene que ver con la de parques o accesos que apenas veinte años antes se había establecido y se acomete una actuación para redefinir en términos de grandes monumentos, en términos de grandes conjuntos culturales lo que antes fue el paseo característico de la enciclopedia, el Paseo del Prado. En sus proximidades se van a situar, y siempre teniendo como eje la idea del paseo, un Gabinete de Ciencias Naturales (hoy actual edificio del Museo del Prado), una Sala de Máquinas, un observatorio Astronómico, una fábrica en ciudad, un jardín botánico, una escuela de cirugía, además de que los grandes palacios existentes construyan en su interior —como recientemente ha estudiado Pilar Hernández— teatros que reflejen el sentido de una arquitectura ya académica.

La operación que establece Carlos III y que continúa su hijo Carlos IV, difiere del proyecto de un nuevo Madrid en dos puntos básicos: por una parte, en que si bien se aceptan las tipologías nuevas, en ningún caso éstas se ven acompañadas por un ejercicio que trate de incidir sobre la trama urbana en términos de reorganizar el espacio colectivo, de establecer nuevas plazas o espacios comunes; por otra parte, en que si se aceptan las tipologías de los edificios culturales, no se acepta en cambio lo que significa la idea de los nuevos bloques de viviendas, manteniéndose las construcciones entre medianeras. Por

ello ahora la ciudad que se ofrece como muestra de la nueva cultura, la ciudad que varía de una imagen palaciega a una imagen monumental va a ser mostrada de nuevo como ejemplo cultural y, aunque nada tiene que ver con la ciudad barroca, por lo mismo tampoco tiene que ver con la ciudad que pudo ser. Se utilizarán las tipologías pero el programa de ciudad habrá variado totalmente, y en este sentido la recuperación de la idea supone, en Madrid, la recuperación del poder perdido. Los mitos que baen bajo los golpes del Iluminismo son ya producto del mismo Iluminismo, señalaba Adorno, y en este sentido el museo que se ofrece, la imagen de ciudad que se presenta es ya la imagen de un conocimiento muerto aunque recuperado por una cultura.

CARLOS SAMBRICIO